

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

M^a Hermelinda Manzano, 66 años

Alicia Tejada Baena, 23 años

MARÍA HERMELINDA: LA VIDA DE UNA MAESTRA

La vida de esta malagueña de 66 años bien podría ser el argumento de una novela y es que la vocación y el amor por su trabajo convierten a María Hermelinda Manzano en una heroína, en uno de esos personajes de la intrahistoria, como diría Unamuno, una de esas personas que, con su trabajo diario, ha cambiado la vida de muchas otras.

María Hermelinda nació hace 66 años en el seno de una familia acomodada en la localidad malagueña de Vélez-Málaga. Desde una edad muy temprana, sus padres, de ideología conservadora, le enseñaron a respetar todo tipo de tendencias políticas y le hicieron ver que la amistad y el cariño están siempre por encima de las ideas. La educación liberal que recibió, pese a no ser común en las familias acomodadas de la época, la convirtió en lo que es hoy, una mujer católica y conservadora, pero de mentalidad muy abierta.

María, como la llaman los que la conocen, ha sido siempre una enamorada de los libros y desde muy pequeña comprendió, a través de los consejos de su padre, que debía estudiar mucho para vivir por sí misma. Con sólo 20 años, María Hermelinda aprobó unas oposiciones que le llevarían a ejercer como maestra en diferentes pueblos de la geografía andaluza, dejando aparcados así los estudios de psicología, que había cursado durante tres años. La muerte de su padre ese mismo año sumió a la joven Hermelinda en una profunda tristeza, que sólo pudo aliviar gracias a la compañía y al amor de su madre y su recién estrenado trabajo como maestra en el pueblo malagueño de Iznate. A sólo 11 kilómetros de Vélez-Málaga, María Hermelinda disfrutaba de sus viajes a Iznate, en los que tenía que cruzar un río a pie, tarea amenizada por un señor que, en brazos, la llevaba de una a otra orilla.

Los días en Iznate dejaron paso a un nuevo curso, pero esta vez en Alameda, otra localidad de la provincia de Málaga, donde María Hermelinda tuvo que pasar casi tres años viviendo en una pensión, alejada de las comodidades y facilidades a las que estaba acostumbrada. A las obligadas duchas de agua fría, se sumaban las largas caminatas a la fuente, cántaro en mano, para conseguir un poco de agua. En estos años y los que les siguieron hasta llegar a Sevilla, María Hermelinda pudo descubrir que para ser maestra realmente necesitaba una gran vocación, una vocación que ella tenía y que le hacía no dar importancia a las difíciles condiciones en las que vivía ni a la escasa remuneración que recibía por su trabajo (poco más de 3.300 pesetas al mes). Pero para María Hermelinda, maestra de la escuela de adultos de Alameda, no era todo tan complicado allí gracias al cariño de sus alumnos, a los que preparaba unas fiestas de fin de curso que contaban con sólo mil pesetas de presupuesto y en las que podía hacer una de las cosas que más le gustan, bailar.

El tercer pueblo en el que María Hermelinda estuvo como maestra antes de llegar a su actual lugar de residencia, Sevilla, fue Canilla de Albaida, una pequeña aldea de la sierra de Málaga. Pero los días sin comodidades acabaron y, a los 26 años, esta malagueña llegó a la capital andaluza, donde lleva ya 40 años. Tras pasar por varios colegios, María Hermelinda encontró su sitio en un colegio público del Barrio de Palmete, un barrio marginal sevillano donde tuvo la oportunidad de enseñar a chicos y chicas problemáticos pero “con un gran corazón” y acercarse a familias maravillosas con las que, aún hoy, les une una buena amistad.

El amor por el oficio que ha desempeñado durante toda su vida le ha dado una existencia feliz y rodeada de gente, y aunque su condición de hija única y soltera le ha llevado a vivir sin hijos, nietos o sobrinos, muchos son los que le llaman “abuela” o “tía” y la quieren casi como a una madre. María Hermelinda ha dado y



recibido mucho cariño, algo que, como le dijo en una ocasión un psicólogo del colegio en que trabajaba, se notaba no sólo en su trato con la gente sino también en que, a diferencia del resto de maestros, ella se dedicaba a jugar con los niños en el recreo en lugar de vigilarlos.

En la actualidad, María Hermelinda pasa sus días en una residencia sevillana donde recibe, muy a menudo, las visitas de aquellos que una vez fueron sus alumnos, de aquellos a los que hace años inculcó sus valores, aportando así a sus vidas mucho más que un granito de arena.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Después de más de seis décadas vividas, María Hermelinda tiene muy claro que la vida merece, y mucho, la pena. ¿Los motivos? La vida en sí misma supone uno de los mayores motivos para ella; vivir felizmente, aprovechar cada momento, cada segundo con la familia y los amigos es un aliciente más que suficiente para María Hermelinda, una mujer positiva que ha sabido sacar siempre el lado más amable de las cosas, aumentando en optimismo conforme han pasado los años, ya que el tiempo le ha enseñado que siempre hay un motivo para ser feliz aunque, como ella dice, haya baches y momentos bajos.

En su vida han jugado un papel muy importante sus padres, como sucede en la vida de todas las personas, sólo que Hermelinda ha tomado a sus progenitores como piedra filosofal de su existencia, agradeciendo en todo momento la educación tan abierta con la que la obsequiaron cuando era una niña y el cariño recibido, que hizo que esta malagueña ya sexagenaria nunca sintiese soledad en su niñez como hija única.

Otro motivo que ha hecho de María Hermelinda una mujer orgullosa de su vida ha sido su carrera como maestra, que le ha permitido tener un trabajo donde mejorar el estatus social de sus alumnos a través de la alfabetización.

Todos estos motivos, y muchos más que no cabrían ni en el más extenso libro, han hecho que María Hermelinda no mire atrás con nostalgia o añoranza de lo que ya pasó, sino con orgullo de haberlo vivido y con ilusión por lo que aún queda por venir.